

digo sin recelo) aptitud divina para recibirla. Por esta puerta abierta ha de entrar la autoridad de vuestra alma convencida.

Exponed, pues, las verdades del Símbolo en su natural sencillez, apoyadlas en las pruebas más fáciles de comprender por el común de las almas, haced resaltar sus atractivos, su belleza, conveniencias, majestad y armonía con las más altas y puras aspiraciones del alma humana, con las exigencias de la razón, con el buen sentido, con la dignidad y felicidad del hombre; destruid las objeciones, no con esas prolongadas luchas y extremados combates propios de la conferencia, sino apaciblemente, con la exposición clara y límpida de los principios que entrañan la solución. Esta apología indirecta conviene á todo auditorio, y no tiene el inconveniente de las apologías directas que generalmente se elevan demasiado para adaptarse á todas las inteligencias.

Predicaréis el dogma para instruir y para reavivar y consolidar la fe. Pero no ignoráis que la fe sin obras es fe muerta, inútil por completo para nuestra salvación. La vida cristiana que nos dispone para la vida celestial no es sólo vida de creencias, sino también de obras santas; y para estimular las almas á tales obras, hay que mover las voluntades, tocar los corazones, ilustrar las conciencias, predicar, en una palabra, la moral

cristiana. Es el grave documento que nos da la Circular repetidamente citada: «La predicación moral es la más necesaria á la generalidad de los fieles; no es menos noble que la apologética; y por tanto, aún los oradores más eminentes é insignes, y ante auditorios lo más selectos y numerosos, deberán siquiera de vez en cuando practicarla con gran celo. De no hacerlo así, se verán esos grandes auditorios condenados á oír hablar siempre de errores que por ventura no hay en la mayoría de los oyentes, y nunca de vicios y culpas que habitualmente existen en reuniones de este género más que en otras de menos aparato.» Además, no olvidemos que los errores tocantes á la Religión, máxime en poblaciones católicas, arraigan más de ordinario en las pasiones del corazón que en los extravíos del entendimiento, según se escribe: «*De corde exeunt cogitationes male.... blasphemie*» (1). Por eso en las palabras de David: *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus* (dijo el insensato: No hay Dios), nota San Agustín con gran sabiduría: *In corde suo, non in mente sua* (2).

Predicad, sí, moral. Tendréis vasto campo de acción por toda vuestra vida de predicadores, sin agotarle jamás, pudiendo satisfacer todas las no-

(1) Matth., XV, 19.

(2) Ps. XIII.

bles y santas pasiones que deben atormentar el corazón de un varón de Dios. ¿Queréis la conversión de vuestros hermanos? pues la moral es la ley de Dios aplicada á toda edad, condición y circunstancia de la vida, y «propio es de esta ley inmaculada, dice el Salmista, convertir las almas: *Lex Domini immaculata convertens animas.*» Luego que á ella se adhieren, ven disiparse las sombras que oscurecían los ojos del espíritu, y aparéceles la verdad en pleno día: *Præceptum Domini lucidum, illuminans oculos* (1).

A vosotros toca preparar esta adhesión de las almas á la ley de Dios. Habrá dificultades, pero si os aficionáis á la lucha, podréis librar de nodados combates á todo vicio: á la soberbia, á la ambición, á la envidia, al odio, al rencor, á la ira, á la opresión, á la codicia, al hurto, al amor de los placeres sensuales y vergonzosos, á la pereza, al respeto humano, á la falsedad y la mentira, y á todo el ejército de pasiones armadas no menos contra la rectitud y justicia del hombre honrado que contra la santidad de las costumbres cristianas. ¡Qué honor y qué gozo será para vosotros plantar y ver crecer en el campo espiritual de vuestros triunfos las dulces, bellas y sólidas virtudes que ennoblecen y perfeccionan la volun-

(1) Ps. XVIII.

tad humana, como nuestros sagrados dogmas ennoblecen y perfeccionan la razón!

Predicad moral: no precisamente esa moral de la naturaleza que enseñan los filósofos, cuyo fin único es el paraíso de los hombres de bien. La fe nos dice que ese paraíso no existe, y que el único fin del hombre es ver á Dios cara á cara con la luz de gloria, ser eternamente beatificado por íntima unión con el sumo Bien, y que no hay más medio de alcanzar ese fin, que poseer las virtudes sobrenaturales de fe, esperanza, caridad y las demás sobrenaturalizadas por la gracia de Jesucristo. Estas son fruto de la ley evangélica; y esa ley habéis de predicar al pueblo cristiano, ponderando su excelencia con la autoridad y ejemplos del Salvador y de los santos.

Predicad moral, pero con tino, sin entrar en las profundidades casuísticas, propias para regular los juicios de los confesores y no para dirigir la conducta de los fieles. Seguid un camino recto y franco, tan lejos de la exageración como del miedo del rigor que arredra las almas como de la tibieza que las corrompe.

Predicad moral, y más que nada insistid en el santo amor de Dios, principio de todo don, fuente de todos los sacrificios de la vida cristiana.

Predicad, en fin, moral, para que los oyentes de vuestra palabra se sientan estimulados á ma-

nifestar su fe con santas obras. Viendo germinar esas obras, seguramente no os pesará el haber dejado las altas regiones de la especulación para descender al campo de la vida práctica.

Fijaos bien: dad en vuestra predicación igual parte á las enseñanzas que excitan y confirman la fe, y á las que son propias para mover las voluntades, tocar los corazones é ilustrar las conciencias. Para cuaresmas y misiones, *verbi gratia*, preparad una bien dispuesta serie de sermones dogmáticos y morales, pero sin omitir el tema vital de las postrimerías del hombre. Entabladas relaciones con el auditorio, y contando ya con la autoridad de vuestra palabra, debéis excitar las pasiones de confusión, temor, esperanza y amor, que bien conmovidas, obrarán en la voluntad y la impulsarán á resoluciones decisivas y saludables mudanzas. El pecado, la justicia de Dios, su infinita misericordia, la muerte, estipendio del pecado, el juicio, el purgatorio, el infierno: temas son que hay que abordar con frecuencia. Contra casi todos ellos, veréis quizá muestras de repugnancia y desdenes, cual si fuesen verdades de otro tiempo, buenas para generaciones bárbaras, mas del todo inoportunas en nuestro siglo delicado é instruido. Prescindid de tales repugnancias y desde-

nes. Pecado, justicia divina, muerte, juicio, infierno, son trascendentales verdades que estremecen y despiertan las almas que quisieran la paz de un funesto letargo; y cabalmente su importunidad hará oportuna vuestra palabra. Anunciándolas, cumplís con el precepto del Apóstol: *Prædica verbum, insta opportune, importune.*

Excuso decir que las materias susodichas: artículos del Símbolo, preceptos de Dios y de la Iglesia, sacramentos, vicios y virtudes, deberes de estado y novísimos, pueden y deben tratarse en pláticas, exhortaciones y catequesis, con menos solemnidad, claro está, que en los sermones, pero con más detalles íntimos y prácticos. Todavía los trataríais de modo más original, más variado y atractivo en un género de predicación que con interés os recomiendo al terminar este capítulo, y es la homilía.

Consiste la homilía en una explicación sencilla y familiar de la Escritura, especialmente del Evangelio. Ya se parafrasee y comente el texto sagrado siguiéndole paso á paso, ya se coordine ese texto en un plan regular cuyas divisiones obedezcan á un pensamiento dominante, tiene la suma ventaja de imponerse cual palabra de Dios más que todos los otros discursos. «Quisiera, dice Fenelón en su *Diálogo Tercero sobre la Elocuen-*

cia, que los predicadores explicasen los principios y encadenamiento de la doctrina de la Escritura; que se apropiasen su estilo y sus figuras; y que todos sus discursos sirviesen para comunicar la inteligencia y gusto de ella. No haría falta más para ser elocuente; ya que esto sería imitar al más perfecto modelo de elocuencia..... Figuraos que autoridad tendría un hombre que nada dijese de propia invención, ni hiciese más que seguir y explicar los pensamientos y las palabras del mismo Dios. Allende esto, haría dos cosas á la vez: explicando las verdades de la Escritura, explicaría su texto y acostumaría á los fieles á unir el sentido á la letra. ¡Qué excelente medio para acostumbrarlos á nutrirse de este divino pan!»

Notad que todo lo predicable puede abordarse en la homilía con infinita variedad. Por sencilla y familiar que sea, no corta las alas del orador. Los Santos Padres ostentan á veces en la homilía magníficos y triunfantes vuelos. Sometida á un plan regular, puede figurar con honor en cuaresmas, misiones y ejercicios, pero en especial conviene á la predicación corriente de parroquias y conventos. Nada más á propósito para desarrollar el espíritu cristiano. Explicando á los fieles el Evangelio, se les da más perfecto conocimiento de Jesucristo; y «conocer á Jesucristo y al que le envió, es vida eterna, según palabras

del Salvador; es base de la fe cristiana, de la esperanza y del amor. ¡Quién contará las ilustraciones, consuelos y regalos que consigo trae el conocimiento de Jesucristo? ¡Cuántas almas de fe vacilante, que nada ven ó casi nada en el mundo sobrenatural, serían iluminadas por esa divina y radiante figura! ¡Cuántas almas desoladas, que devoran sus penas en la soledad del corazón, se sentirían reanimadas y consoladas, con sólo mostrarles cerca de ellas, en su interior, á Jesucristo diciéndoles una de aquellas palabras que tantas lágrimas han enjugado: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos..... Beati qui lugent quoniam ipsi consolabuntur!*.... etcétera. ¡Cuántas, cautivas de las ilusiones mundanales y de las promesas de la naturaleza envilecida, sentirían atractivo mil veces más poderoso, si se les hiciese entrever la divina fisonomía de Jesucristo! Pues esta revelación, tan provechosa á las almas, se verifica especialmente con la homilía sobre los Santos Evangelios» (1).

Voy á concluir: lo que se ha de predicar es el Evangelio, y el Evangelio es Jesucristo. Cualquier género de predicación que adoptéis, jamás le perdáis de vista. Reduciendo las almas á Jesucristo, haciéndolas conocer bien á Jesucristo, impregnan-

(1) RIBET, *La Palabra santa*, XXXVIII.

do la vida cristiana de su palabra, de sus ejemplos y de su gracia, haréis excelente apología, superior á las mejores conferencias. «El principal servicio que prestarse puede á los incrédulos, ha dicho el célebre publicista Luís Veuillot, es hacer que los cristianos sean cristianos.....»

CAPÍTULO VII

DON DE LA PALABRA

No basta para ser predicador adquirir ciencia sagrada, estudiar los modelos de elocuencia religiosa, saber cual es la materia obligada de la predicación, si á todo no se añade el don de la palabra.

Dice Fr. Luís de Granada que «hay predicadores milagrosamente inspirados y asistidos, y los hay naturalmente dispuestos para la elocuencia.»

Los Apóstoles, gente sencilla, sin letras, sin ciencias, y digamos sin valor, fueron súbita y prodigiosamente transformados. El divino Predicador habíales hablado; en discursos populares, en sencillas y tiernas parábolas, habíales propuesto los misterios del reino de Dios. Nada había omitido de cuanto deseaba creyesen, y con todo, aún no había caído el tupido velo que cubría la inteligencia de sus discípulos.

A la hora misma en que su palabra revestía, con la gravedad de las circunstancias y proximi-